

40+10



Cuatro décadas de convivencia

Beatriz Solís Leree

*Manteniéndoos siempre laboriosos amaréis la vida;
y amar la vida merced al trabajo,
es íntimar con el secreto más oculto de la vida.*

GIBRAN JALIL GIBRAN

COMPARTIR EXPERIENCIAS DE UNA CONVIVENCIA de cuarenta años no resulta muy frecuente en estos tiempos, sin embargo, los afortunados que podemos hacerlo resultamos sumamente privilegiados, particularmente por ser una relación con una institución como la Universidad Autónoma Metropolitana, que cumple, con excelente estado de salud y en plenitud de sus facultades, sus primeros cuarenta años.

Cuando en junio de 1974 ingresé a trabajar en la Universidad Autónoma Metropolitana, con el número económico 237, no tenía la conciencia de que ahí me quedaría durante décadas, y que a partir de ese momento empezaba a formar parte de la construcción de esta institución.

La UAM y yo nos construimos simultáneamente, lo que generó un vínculo tan estrecho que se mantiene hasta la fecha. En los primeros momentos, construir las Unidades Académicas desde la Rectoría General, así como sus cuerpos académicos, nos permitió iniciar con una larga lista de encuentros con los aspirantes a involucrarse en este esfuerzo, y a quienes veníamos de la psicología, nos correspondió realizar las entrevistas; ahí se empezó a tejer una relación con muchos compañeros que actualmente cumplen también esta experiencia fundacional.

Desde el edificio del Toreo de Cuatro Caminos hasta las oficinas de Barranca del Muerto, fuimos testigos de las primeras piedras en las tres unidades con las que la UAM iniciaría sus trabajos. Desde ahí supe que mi incorporación sería en Xochimilco, y en particular en la carrera de comunicación social.

La oportunidad de fundar y construir no sólo un proyecto institucional, sino también un modelo educativo innovador, como lo sigue siendo el sistema modular, que representó un desafío para quienes, viniendo de sistemas educativos tradicionales, debíamos construir un ejercicio pedagógico para el diseño curricular de la carrera de comunicación social que estuviera articulado al sistema modular.

La construcción de la comunidad universitaria como grupo de individuos con un objetivo común, o mejor aún, con una utopía en común, para la generación fundadora es una experiencia irrepetible, por supuesto, porque no todos los días se construyen universidades y se forma parte de un colectivo que con total libertad pudo establecer los cimientos no sólo institucionales, sino de cada uno de los campos disciplinarios que conformarían el programa académico, lo que forjó este estrecho vínculo institucional del que hemos hablado.



Instalados en los “gallineros” de Calzada del Hueso, y después de una emotiva y muy sencilla inauguración de las aún ausentes instalaciones formales donde “la realidad estaba a la vuelta de la esquina”, celebramos la primera navidad de 1974 en una carpa de circo. Y esa sensación de comunidad se acrecentó en Xochimilco, donde a veces compartíamos los pasillos de las aulas con las vacas de los establos cercanos.

En estos primeros cuarenta años, la Universidad nunca terminó su proceso de enseñanza aprendizaje conmigo, sino que lo fue incrementando y me permitió coordinar la carrera de comunicación social (1978-1980) cuando los talleres dependían de ella, lo que impulsó la vinculación entre la teoría y la práctica. Posteriormente, tuve la fortuna de participar como jefa de Difusión Cultural (1982-1984) y después como coordinadora de Extensión Universitaria (1984-1986), en donde tuve la oportunidad de fortalecer

la vinculación del trabajo cultural de extensión con los programas de la docencia, así como estimular el descubrimiento y desarrollo de las capacidades artísticas de los alumnos y programar las actividades de Coordinación con los proyectos modulares integrados como actividades incorporadas en el propio programa trimestral de actividades de la docencia.

En cada una de estas etapas vividas, la libertad que la institución brinda me permitió renovar proyectos y construir afectos con los colaboradores con quienes me tocó compartir cada tarea. Cada una de estas etapas se siguió construyendo mi propio proceso de aprendizaje.

Los sabáticos disfrutados han sido siempre espacios de experiencias externas en las que en todo momento estuve vinculada con la propia Universidad, y que invariablemente me permitían valorar desde proyectos externos el privilegio de trabajar en la UAM.

Mi vínculo estrecho y entrañable con la Universidad se construyó junto al privilegio de las lecciones aprendidas en el trabajo colectivo, que seguramente fueron las semillas que fortalecieron mi convicción de participar en la fundación de muchas otras instituciones, particularmente en el campo académico de la comunicación. Así, en la búsqueda de comunidades también tuve la fortuna de impulsar y participar en la constitución de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC), en 1979, y cuya primera asamblea se celebró en las instalaciones de la UAM Xochimilco.


Asimismo, y con la representación de la UAM junto a Guillermo Michel y Javier Solórzano, participamos en la fundación del Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC), que agrupa a las instituciones de educación superior que tienen la carrera de comunicación en todo el país. Su fundación formal fue el 17 de junio de 1976, cuando se llevó a cabo la asamblea constitutiva en un centro de salud del DF, porque en la UAM, que era la universidad sede para ese acto, había estallado su primera huelga. Así, con la aprobación del estatuto y la firma de los representantes de ocho instituciones entre las que se encontraba la UAM, nació el CONEICC, y tanto la Universidad como yo seguimos siendo miembros activos después de 38 años.

Más recientemente, hace casi 13 años, y ante las condiciones del debate del derecho a la información, la

necesidad de actualizar su marco jurídico y promover la mayor participación de la sociedad civil, emprendimos la construcción de otra institución gestada también en el seno de la UAM y vinculada con otras instituciones: la Asociación Mexicana de Derecho a la Información (AMEDI).

El privilegio que la Universidad nos brinda especialmente por su proyecto de vinculación con el entorno y el compromiso social al que estamos obligados, y que de manera cotidiana llevamos a las aulas, ha sido el impulso que ha impregnado mi propio desarrollo profesional. Ciertamente, mi formación básica se la debo a la UNAM, sin embargo, mi formación académica fundamental y vital se la debo a la UAM.

Ser testigo de tantas primeras veces también ha contribuido a conformar una vinculación sólida con la institución: la primera generación de estudiantes, la primera huelga o la primera sesión de clases con estudiantes un poco menores que sus profesores, en un permanente sistema de ensayo y error de un sistema educativo también nuevo, el sistema modular, fueron, sin duda alguna moldeadores de un compromiso y un proceso de permanente innovación que dejó huellas absolutamente indelebles en mi persona.

Mis cuatro décadas de relación con la Universidad son un espacio del tiempo lleno de aprendizaje, expectativas, recuerdos, apegos, satisfacciones, plenitud, distinciones y un largo etcétera que sólo puede resumirse en una palabra: gracias. 



Primera sesión de Colegio Académico, 1975.
Fotografías: CIDHUAM